

consentía y concedía todo sin restricción ni condiciones. Prusia sólo hacía reservas en la tercera pregunta ofreciendo su concurso en la medida de lo que pudiera según las circunstancias. Austria dijo que «llegada la ocasión de tener que intervenir, esto debería ser objeto de una nueva reunión y resolución de las potencias. Inglaterra se limitó á declarar que como no conocía de una manera precisa las quejas recíprocas de Francia y España, reservaba hasta conocerlas, y Wellington continuó tratando siempre este asunto con la mayor frialdad é indiferencia, declinando toda intervención presente ó futura contra España y la Santa Alianza, dejando desde este momento de intervenir en las resoluciones posteriores de las potencias reunidas en Verona: pero cuando Wellington recibió comunicación,—1.º de Noviembre,—de las notas que las potencias habían resuelto enviar á Madrid de por sí, haciendo la crítica de la situación política de España y afirmando el derecho de Europa de preservarse de las consecuencias de la anarquía de España, Wellington,—30 de Noviembre,—advirtió á las potencias los peligros que podrían resultar de esas irritantes representaciones y declinó igualmente asociarse á este acto.

Wellington cuando vió comprometidas las potencias, dió el golpe de gracia á España presentando al Congreso una memoria declarando que el gobierno británico se vería obligado á reconocer de *facto* la independencia de las repúblicas sud-americanas, esto cuando Chateaubriand había propuesto, ó bien que se sometiera á dichas repúblicas á la obediencia de su legítimo soberano, ó que se crearan en América otros tantos reinos para individuos de la familia real española.

En toda otra ocasión los diplomáticos de Verona hubieran hecho algo más que declamar contra Inglaterra por el insólito apoyo que daba al espíritu democrático, si bien lo que veían las potencias en este paso era la alianza de Inglaterra con las repúblicas americanas como contrapeso á la alianza de las potencias orientales, pero es evidente que para Inglaterra de lo que se trataba era de reemplazar á España en América, aprovechándose de la terrible crisis que para ella se preparaba.

De Portugal nadie se ocupó; en la conciencia de todos estaba que la regeneración en Portugal no podría sostenerse después de la caída de la revolución española.

El Congreso se disolvió enviando una circular á los embajadores de las potencias orientales, en la que se declaraba que la insurrección de Grecia era un mal de la misma naturaleza y que tenía el mis-

mo origen que las demás revoluciones del Mediodía de Europa, lo que era amenazar la revolución griega con la intervención de la Santa Alianza. Luégo se hizo público á los embajadores de todas las potencias la resolución de intervenir en los asuntos de España, pues, si bien Alemania en un principio se mantuvo firme, pues ni Wangenheim, ni Harnier, ni Lepel, es decir, los representantes de Wurtemberg y de los dos Hesses quisieron dar su aprobación á lo resuelto en Verona, la Dieta consiguió alejar á tan inflexibles representantes de la opinión liberal y de la independencia de las naciones, y se declaró partidaria de la Santa Alianza desplegando desde luego un celo digno del más ardiente neófito: en cambio, dice Gervinius, declaró Austria que la situación moral, intelectual y política había mejorado mucho en Alemania, y que no se podía comparar su literatura de 1817 con la de 1823.

Al divulgarse los acuerdos de Verona, hubo en Londres y en el Parlamento serias demostraciones de disgusto contra la conducta de Canning y de Wellington, acusándoles por no haber protegido España. Canning se defendía diciendo que con su conducta había evitado una nueva guerra general europea, pero los whigs no veían sino la traición de Inglaterra á los principios de su política.

Así Canning se apresuró á llamar á París á Wellington para que influyera cuanto pudiera en el ánimo de Luís XVIII y de Vilelle, para que no se turbara la paz, á lo que de buen grado hubieran accedido uno y otro, como lo demostraron retirando de Verona á Mateo Montmorency tan pronto supieron lo que había hecho, quedando allí de representante Chateaubriand.

Wellington consiguió desde luego que Vilelle remitiera á Verona una súplica para que no se enviaran á España las reconvenções acordadas, pero lo que acordaron las potencias orientales en obsequio suyo, fué dejar á Francia en libertad de mandar la suya para cuando lo creyera conveniente, es decir, se continuó amenazándola de obrar sin ella.

Esta resolución de las potencias dió alientos á Montmorency para rechazar la mediación de Inglaterra ofrecida por Wellington, á lo que se había negado en Verona cuando España la había pedido, explicando Canning su actitud ahora, diciendo que ella no quería intervenir entre España y la Santa Alianza, sino de reino á reino. Montmorency no era tan menguado que no pudiera parar los piés de Inglaterra en este terreno, pues, en efecto, bastaba con que declarase como declaró, «que no se trataba de un interés francés sino de un interés *enteramente*

*europeo*, y que si Inglaterra se asociaba á las medidas que creían deben tomar las demás potencias, su triunfo quedaba asegurado.»

Wellington salió de París con esta respuesta el 20 de Diciembre y hemos de creer que salió conociendo lo que iba á pasar en el Consejo de ministros de Francia.

Los triunfos de Mina, la disolución de la regencia de Urgel, la expulsión de los batallones de los apostólicos, las reclamaciones de Matalflorida y las quejas del rey Fernando VII, tenían en un estado de exaltación delirante los salones del barrio de Saint Germain de París, en donde el deseo de una guerra ó de una intervención pronta y enérgica eran irresistibles para hombres como el duque de Montmorency: gracia que acababa de concederle el rey por sus servicios, pues deseaba brillar en aquellos tanto ó más que en los consejos de Europa.

Vilelle y el rey Luís XVIII, á espaldas de su compañero y ministro, trabajaban por medio del embajador francés en Madrid, Lagarde, para que se consintiera en España una modificación constitucional que diera satisfacción á la Santa Alianza: resueltos uno y otro á impedir que Montmorency continuara comprometiendo á Francia. Cuando se trató de enviar á España la nota de reconvenções convenida en Verona, Vilelle opuso á la nota del ministro de Estado una nota suya mucho más suave y que permitía leer entre líneas que parecían amenazadoras, el deseo de Francia de buscar una solución pacífica al conflicto. Hízose de entrambas notas cuestión entre Vilelle y Montmorency y éste presentó la dimisión que aceptó Luís XVIII sin vacilar un momento:—25 de Diciembre,—su sucesor fué Chateaubriand.

Chateaubriand resultó el reverso de la medalla de lo que se figuraban Luís XVIII y Vilelle. Devorado el insigne poeta de un ardiente deseo de hacer grandes cosas, «de hacer la historia como hacía la novela,» según su frase. Cuando vió anunciado el Congreso de Verona, puso todo su empeño en formar parte de él abandonando su embajada de Londres. Montmorency no le quería tener á su lado, aún cuando Chateaubriand demostraba estar poseído del mismo celo belicoso que su jefe, pero ante su insistencia transigió y fué Chateaubriand á Verona como compañero ó agregado de Montmorency. Mientras éste estuvo en Verona, Chateaubriand, que sabía y preveía lo que pasaba y había de pasar entre el ministro de Estado y el de Hacienda, hizo la política de éste, se mantuvo reservadísimo sobre sus propias ideas, y se dispuso para poder

reemplazar á Montmorency en todos sus puestos.

Reemplázale como representante de Francia en Verona, y sin cambiar de actitud porque no lo podía, se compromete con el emperador de Rusia de quien se convierte en su amigo inseparable, creyendo Chateaubriand que lo que convenía á Francia por encima de Inglaterra era su alianza con Rusia para asegurar la influencia francesa en la política europea. Llega Chateaubriand al ministerio y ya desde el primer momento quiere imponer *su* política y al efecto manda al diario oficial francés la nota de Vilelle al gobierno español que, como hemos dicho, no tenía nada de benévola. Entonces pudo convencerse Vilelle de que no le quedaba más recurso que elegir ó una guerra contra España en los Pirineos ó una guerra en favor de España en las fronteras del Norte; esto comprendía Vilelle y esto repetía tristemente sin cesar, mientras Inglaterra, arrastrada por la opinión pública, acentuaba sus actos en favor de la paz.

Si en España el agravio que le hicieron las potencias de la Santa Alianza con sus notas, hubiera podido ser recibido de otra manera que lo fué, la actitud ambigua de Inglaterra le hubiera infundido alientos para desafiar la coalición europea. Verdad es que Inglaterra pedía á Madrid que se hiciera una modificación constitucional, pero en Madrid se comprendía que Inglaterra estaría con España con ó sin la modificación constitucional, ó contra España, que estar contra España era abandonarla á su suerte.

Para comprender la situación del gobierno San Miguel, es necesario haber afrontado situaciones políticas parecidas y Gervinius no estaba en este caso; así nada más injusto que el cargo dirigido á San Miguel por no haber accedido á la modificación constitucional reclamada por Francia é Inglaterra. Prescindamos de la cuestión de forma que tanta importancia tiene en las relaciones sociales, San Miguel no podía acceder á los deseos de las dichas potencias sino de un modo, esto es, retirándose, dejando su puesto á un gobierno que por sus antecedentes ó compromisos, pudiera hacer lo que á él se pedía, á un gobierno, por ejemplo, Martínez de la Rosa ó Toreno. Pero, ¿les hubiera Fernando VII llamado? seguro que no, francos los codos hubiera constituido un gobierno de restauración de la monarquía absoluta, de modo que la crisis violenta de España no se podía evitar sino con un ministerio de traidores, no de avisados y prudentes políticos como dice Gervinius.

San Miguel hizo lo que debía mandando los pasaportes á los embajadores de las potencias protestantes, y procurando al mismo tiempo alcanzar la

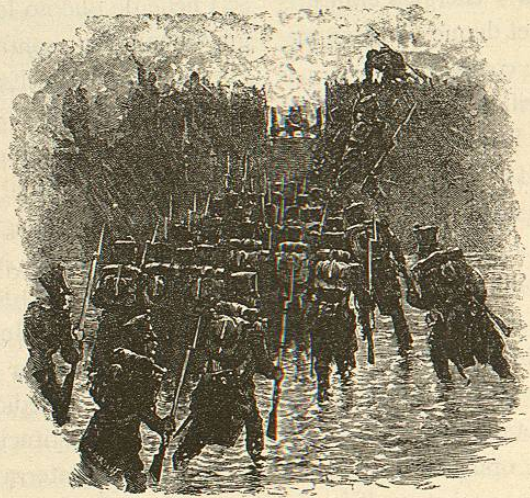


mediación eficaz de Inglaterra. En esto no hay contradicción. O ceder á las potencias que se permitían intervenir en los asuntos interiores de España ó resistir; ceder era volver al absolutismo, no al régimen de la Carta á la francesa ó á la inglesa, pues Fernando no quería oír hablar ni de Constituciones ni de Cartas. San Miguel, pues, lo que hizo fué continuar en su puesto, no para organizar una defensa que era imposible, sino para detener una intervención que no lo era.

Si Chateaubriand no hubiese creído que Francia podía ir á buscar ahora á España el prestigio militar que había perdido, si no hubiese creído que más

le convenía la amistad de Rusia que la de Inglaterra, si no le halagara más ser el ministro de la resurrección de Grecia que de la libertad de España, si no se hubiese empeñado ser el hombre de la Santa Alianza ó mejor de Alejandro, que no el hombre consecuente consigo mismo; Chateaubriand hubiera aceptado la mediación inglesa que hubiera podido presentar á Alejandro como irresistible y hubiera evitado á Francia y á su memoria la vergüenza de haber enviado á España los cien mil hijos de San Luís.

Advertíale precisamente el secretario de la embajada de Francia en Londres, Marcellus, que Can-



Asalto del Trocadero

ning era impotente para resistir la exaltación de los ingleses por España, que no querían que en modo alguno se la abandonase; advertíale que en Canning había un doble hombre, un conservador y un demócrata, pues Canning odiaba la antigua nobleza y sentía impulsos reformadores, pero Chateaubriand nada escuchaba, había prometido la guerra á Alejandro y quería cumplir su palabra. Después de todo, conocía sobrado á Canning para creer que este tirara un solo cañonazo en favor de España, y con resignarse Chateaubriand á que de su gran plan reformador y político se suprimieran las monarquías borbónico-americanas, y con la amenaza de Canning que decía que se vería obligado á reconocer en seguida las repúblicas americanas para dar alguna satisfacción á la opinión pública, Chateaubriand se encontraría libre para intervenir.

Villette cedió cuando ya había cedido Luís XVIII, cuando éste al inaugurar las sesiones de las Cámaras francesas de 1823, había anunciado la posible intervención de Francia para salvar al nieto de Enrique IV; pero si Luís XVIII cedió á las adulacio-

nes y complacencias cortesanas de Chateaubriand, Villette no cedió sino ante la comisión de la Cámara, que le anunció su caída y la subida de un ministro Vitrolles-la Bourdounaye si no cedía.

Villette subía á la tribuna de la Cámara de los diputados el día 10 de Febrero y pedía cien millones para los gastos de la guerra.

¿Cómo se preparaba España?

Cuando la guerra civil parecía dominada por los triunfos de Mina, Bessieres, un francés que había combatido por España durante la guerra de la independencia, que estuvo á punto de ser preso y sufrir la pena capital que se le impuso por republicano en 1820 en Barcelona, y que ahora acaudillaba las partidas realistas del bajo Aragón, había batido á O'Daly en Brihuega, —24 de Enero de 1823,—y penetrado en Guadalajara, produciendo este triunfo, que ninguna trascendencia podía tener, tan grande confusión en Madrid, que no hubo medida de precaución que no se aconsejara para resistir al formidable y fantástico enemigo, que ya es sabido que esas alucinaciones son posibles cuando los gobier-

nos y los pueblos pierden la serenidad. San Miguel hubo de comprender de sobra que los Bessieres serían la vanguardia irresistible de la intervención.

En fin, se dispuso que el conde de La Bisbal saliera contra Bessieres, á quien no tardó mucho en alejarle de Madrid y dispersarle. Ballesteros se encargó del mando de Madrid y le pareció muy prudente confiar un mando á Morillo sobre cuya adhesión tan poco había que esperar. De modo que en los momentos más críticos de la revolución su ejército quedaba confiado á un general tan versátil como O'Donnell, á un tibio como Morillo, y á un rojo como Ballesteros, de quien se hubiera debido

recelar lo que la experiencia tiene tan de antiguo probado, esto es, lo poco que sirven, y la poca firmeza de esos capitanes de revoluciones que si gritan en tiempo de paz, en tiempo de guerra no sirven más que para correr. Mina quedaba con su pequeño ejército en Cataluña.

Las fuerzas del ejército español ni unidos todos sus cuerpos hubieran podido intentar resistir un solo momento á los noventa y cinco mil infantes y veintidós mil caballos del duque de Angulema, amén de los veintinueve mil hombres que entraron en Cataluña para aislar á Mina. Así el plan combinado en Madrid fué dejar abierto y franco el camino á los



Estatua de Lutero.—Obra de Rietschel

franceses, poniendo sobre sus flancos los tres cuerpos de ejército, el de O'Donnell apoyándose en Castilla la Vieja, el de Morillo que había de tener su punto de apoyo en Galicia, y el de Ballesteros en Aragón. La misión que se dió á estos tres cuerpos fué la de estar constantemente sobre los flancos y retaguardia del ejército invasor, para detener sus movimientos y contrariarle lo más posible, interrumpiendo sus comunicaciones y aprovisionamiento.

En rigor no era posible otro plan de campaña y hubiera dado, de seguro, buen resultado de poder contar con el espíritu del país, y si éste se hubiese levantado unánime como en 1808: pero esto que se creía inminente y seguro en el extranjero, esto ni por un momento se creyó posible por el gobierno de España. ¿Acaso los realistas no marchaban á la vanguardia del ejército de Angulema? ¿Y estos realistas no eran los representantes de los millones de curas y frailes que habían jurado guerra á muerte á la revolución y que acampaban en España, de antiguo, como en país conquistado? La unión del parti-

do liberal en esos precisos momentos de poco había de servir, porque los liberales eran una minoría, así hay que ser justos; cuando una fuerza militar pierde la fuerza moral, la disciplina y la subordinación son imposibles. Los que se consagran á la muerte no corren á morir sino sienten tras sí al país corriendo con ellos al sacrificio. Ahora el ejército español se sentía y se veía aislado en todas partes, mejor parecía él el enemigo que no el francés: á éste se corría á su encuentro, se le agasajaba, frailes y conventos abrían para ellos sus bodegas y graneros, y les servían de espías y de guías mientras estos mismos conventos eran para el ejército español fortalezas enemigas y espías de sus movimientos. Contar, pues, con la lealtad y firmeza de esas masas aisladas de hombres en país indiferente, cuando menos, no es posible, sólo se puede tener confianza en la lealtad y firmeza de los jefes: mientras ésta sea inquebrantable será posible que aquellas masas cumplan con su deber sufriendo las consecuencias fatales de todo choque: los desprendimientos.